

las fuerzas griegas en Salamina. Pero cuando, en el curso de aquel día, la escuadra persa que se preparaba para la batalla, remontó el Falero, cuando se vió que Jerjes, que había celebrado en el Falero un gran consejo de guerra, ordenó á su ejército de tierra que se apoderase de los territorios áticos del estrecho de Salamina, sintiéronse los peloponesios sobrecogidos de espanto, y en una nueva reunion, la mayoría de los caudillos aceptó el partido, en alto grado arriesgado, de dirigirse, al asomar la mañana siguiente, hácia Cencrea. En tan mortal y crítico momento, apeló Temístocles á un medio, verdaderamente desesperado, para obligar por fuerza á los peloponesios á trabar la batalla en Salamina. Envió por la noche á su fiel esclavo Sicinos, de origen persa, con la mision secreta de presentarse al rey persa, que se encontraba en Falero, y decirle: «El general de los atenienses es adicto á los persas, y hace saber por ello al gran rey que los griegos, llenos de temor, tratan de emprender la fuga: los persas no deben dejarlos huir, lo cual no les será difícil, pues reina entre los griegos la discordia y no se trata de la resistencia.» Los persas, como luego tuvieron ocasion de ver los griegos, no sospecharon nada acerca de la certeza de la noticia; y como el pensamiento de Temístocles respondia por completo á los planes de Jerjes, dió este en seguida las órdenes necesarias.

XVI.—LOS GRIEGOS EN SALAMINA. COMBATE DE SALAMINA Y SUS CONSECUENCIAS

Una division de guerreros escogidos se apoderó de la isla Psytaleia, que se levanta entre la punta Sudeste de Salamina y la costa ática; la mayor parte de la escuadra fué enviada, á media noche, con el objeto de interceptar el estrecho entre la ática Muniquia y el cabo Cinosura, y 200 buques recibieron la órden de doblar el estrecho por el Sur é interceptar la boca occidental del mismo junto á Megaride, debiendo luego remontar hasta Eleusis. Aristides, que durante la noche había llegado á Salamina, fué el primero que informó á Temístocles de que la escuadra griega se hallaba sitiada por los persas. Despues que hubo tendido noblemente la mano á su antiguo rival, para la salvacion comun de la patria, participó á los capitanes griegos la terrible noticia, que fué luego confirmada por un capitan de Tenos que en aquel momento se había aventurado á pasarse al bando griego. Entonces todos incluso los peloponesios opinaron por la resistencia.

Cuando rayó la aurora del 20 de setiembre de 480, se encontraron colocados los griegos en semicírculo delante de la escuadra persa que se aprestaba para la lucha. El contingente fenicio, que formaba el ala derecha de la escuadra persa, apoyaba su extremo derecho en Salamina, y ocupaba la costa ática, junto á Eleusis. El centro asiático, mandado por Megabates y por el mismo almirante, y compuesto de buques chipriotas, cilicios, licios, panfilios y egipcios, se extendía frente á Salamina y se apoyaba en el cabo ático Egaleon, en cuya altura central se encontraba Jerjes rodeado de cronistas que debían escribir los hechos gloriosos de su escuadra. El ala izquierda compuesta de la escuadrilla jonio-caria y mandada por Ariabignes, interceptaba la boca oriental del estrecho y se extendía hasta el Pireo ático. Para preparar la desesperada lucha que los griegos con 300 buques y 70,000 hombres, debían trabar contra 800 embarcaciones y 150,000 persas, permaneció Aristides con una parte de los hoplites, en Salamina, encargándose de cubrir la playa. Temístocles, con los buques áticos, debía combatir formando el ala izquierda griega contra el ala derecha de los persas, es decir, contra los fenicios y chipriotas; las pequeñas escuadrillas del centro debían resistir á Megabates y Aquemenes; y Euribiades, con los espartanos, megarenses, corintios y eginetas, tenía que atacar á Ariabignes.

En cuanto asomó el día comenzó á moverse Euribiades: despues de alguna vacilacion de los griegos, trabáronse en ambas alas distintos combates particulares, y pronto se generalizó una lucha sangrienta que debía durar por espacio de algunas horas. Los marinos jonios del ala izquierda de los persas atacaron con impetu á la escuadrilla dórica del ala derecha de los griegos, los cuales, y especialmente los intrépidos eginetas, se encontraron en una posicion muy crítica. El golpe decisivo lo dió el ala izquierda de Temístocles logrando derrotar las escuadras fenicia y chipriota, y obligando á sus caudillos unos á dirigirse á la playa, y otros á refugiarse detrás de las líneas del centro persa. Entonces formaron los atenienses una nueva línea de frente, se dirigieron hácia la derecha y dispusieron sus buques en direccion transversal al estrecho mirando hácia el Sudeste. En seguida el ala ateniense se arrojó sobre el flanco derecho del centro asiático y logró que abandonasen el estrecho los buques que componian aquel, y cuyo número hacia mas difíciles y peligrosos sus movimientos. Con la muerte del cilicio Syenesis, el centro persa comenzó á desorganizarse y los buques, verdaderamente amontonados, fueron destruidos por los atenienses y eginetas. Estos dieron además el último ataque á la division jonio-caria, que despues de una lucha encarnizada y de la muerte de Ariabignes, vióse obligada á emprender la fuga. Finalmente, los 400 persas que se habían situado en el islote de Psytaleia, y que en su mayor parte pertenecian á las mas nobles familias, encontraron todos la muerte cuando se vieron atacados por los hoplites griegos que, mandados por Aristides, atacaron aquella isla.

La gloriosa victoria que había coronado en el estrecho de Salamina los esfuerzos de los griegos, y que había costado á estos la pérdida de 40 buques y la avería de otros muchos, mejoró en alto grado su posicion militar y levantó extraordinariamente su espíritu. A pesar de todo, la situación de Grecia era sumamente peligrosa, dependiendo su suerte de si Jerjes estaba ó no dotado de las cualidades que constituyen un gran rey y un hábil general. El ejército de tierra de los persas no había sido todavía derrotado, y su escuadra, á pesar de haber perdido en Salamina 200 buques y 50,000 hombres, y de haber sufrido averías muchas embarcaciones, era aun muy superior á la de los griegos. Sin embargo, entonces se vió claramente que Jerjes no se hallaba á la altura de las circunstancias y que carecia de golpe de vista claro é inteligente, de aptitud para salir de un apuro, de la serenidad y perseverancia necesarias en los momentos de infortunio, para tomar una determinacion firme y resuelta. La gran derrota que su escuadra había experimentado en Salamina, contra todos sus cálculos, le descorazonó y dió muy pronto á la victoria de los griegos la importancia de un gran éxito político. La falta que cometió mandando decapitar á algunos capitanes de los buques que habían apelado á la fuga, y amenazando severamente á los demás, determinó á la mayor parte de estos últimos á abandonar durante la noche á los persas y dirigirse á sus respectivas patrias. Las resoluciones del rey persa, en los asuntos de la guerra, adolecian siempre de vacilacion. En vez de dirigirse en seguida por tierra hácia el istmo, ordenó que se construyese un dique para apoderarse de Salamina; la escuadra, en la cual no tenía ya confianza alguna, emprendió por mandato suyo, durante la noche del 21 al 22, la retirada hácia el Helesponto. Por consejo de Mardonio, el día 22 era el destinado para atacar el istmo; pero cuando la escuadra griega abandonó el puerto de Salamina y se dispuso á perseguir á la persa, Jerjes, que quería asegurar por mar sus comunicaciones con el Asia, comenzó á temer por la tranquilidad de la Jonia, y modificó completamente sus planes.

XVII.—REGRESO DE JERJES Y DE SU ESCUADRA Á ASIA

Dispuso que se retirase tambien el ejército de tierra; de modo que los persas abandonaron en seguida por completo la Grecia central. Llegado que hubo á Tesalia, dividió Jerjes su ejército: el inteligenté Mardonio debía pasar el invierno en aquella comarca griega y, en cuanto llegase la primavera, completar la conquista del continente heleno. Por órden del rey permanecieron en este punto 260,000 hombres de los pueblos mas selectos del imperio, inclusa la mejor parte de los guardias reales, mientras él en persona conducía á Asia el resto del ejército. Acompañóle hasta el Helesponto el general Artabazo con 60,000 medos escogidos, retrocediendo al llegar á aquel punto para reunirse con Mardonio. Los persas llegaron al Helesponto despues de una marcha de 45 dias, durante la cual sufrieron pérdidas considerables; pues como el rey no había contado con una retirada tan repentina ni con la derrota de la escuadra, no se habían preparado las provisiones necesarias, naciendo de aquí un sinnúmero de dificultades. En su consecuencia el hambre, las enfermedades y el desórden se introdujeron en el ejército, que se hallaba diezmado cuando á mediados de noviembre de 480 llegó al paso de Sestos-Abydos, cuyo puente de barcas había sido destruido por una tempestad. La escuadra tuvo por consiguiente que transportar á Asia todo el ejército: Jerjes acuarteló sus tropas en Sardes, donde estableció su propia residencia, é hizo nuevos preparativos para la continuacion de la guerra.

La escuadra griega persiguió entre tanto á la asiática hasta Andros: el atrevido pensamiento de Temístocles de perseguir á los asiáticos hasta Abydos, de apoderarse de todos los buques de transporte, y de sublevar por medio de una expedicion de la victoriosa escuadra, las provincias maritimas griegas del gran rey, no mereció la aprobacion de los peloponesios. La escuadra griega hubiera mostrado poca nobleza castigando á muchas pequeñas poblaciones que se habían visto obligadas á pasarse á los persas, como Andros y Caristos, con la destruccion de sus territorios, cuando las ciudades no podian ser conquistadas. Desgraciadamente se podia censurar al gran Temístocles el haberse enriquecido con las sumas que le dieron Paros y otras islas para evitar el ataque de los helenos.

La mezquina conducta de los vencedores de Salamina ha pasado á la posteridad, pues habiéndose reunido en el istmo, y tratando el congreso de conceder el premio de la victoria, Temístocles, el verdadero salvador de Grecia, fué verdaderamente olvidado! Cada jefe de la escuadra se votó á sí mismo como acreedor al primer premio, y si bien la inmensa mayoría designó como digno del segundo al gran almirante ático, no fué proclamado públicamente. Hubo mas; al repartirse el botin entre los contingentes y los mas intrépidos capitanes, la asamblea de los caudillos de la escuadra con innoble proceder colocó á Atenas despues de Egina, y el oráculo délfico mostró su preferencia por la isla dórica, rechazando los dones del gran almirante ático. Solo los espartanos fueron harto prudentes para colmar de honores á Temístocles, que tantas injurias había sufrido; y así cuando, poco tiempo despues, tuvo que ir este al Eurotas para celebrar una conferencia política militar, los eforos, que antes habían concedido á Euribiades una corona de olivo como premio de su intrepidez, concedieron al ateniense igual honor en recompensa de su sabiduría y de su prudencia. La ciudad le dió su mejor carro para que entrase en ella, y á su partida, una escolta de honor compuesta de jóvenes nobles, le acompañó hasta las fronteras de Tegea. En Atenas, por el contrario, no fué tan bien recibido el vencedor de Salamina, siendo muy difícil de aclarar la razon que movió á los atenienses á no confiar á Temístocles ningún mando, ni en el ejército ni en la marina, cuando sobre-

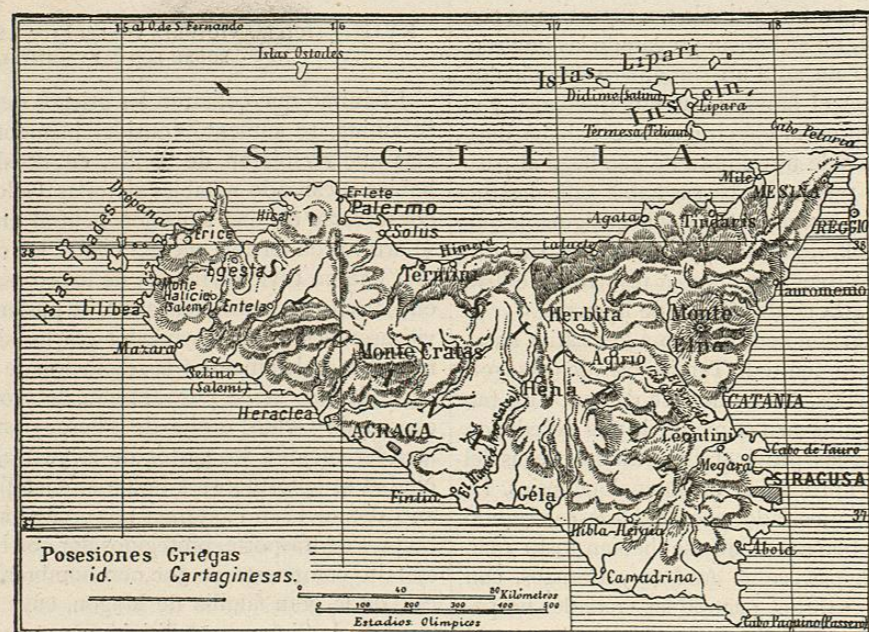
vino la nueva campaña. Es muy posible que, al obrar así, se acomodasen al deseo de Temístocles fundado en causas para nosotros desconocidas, ó que quisiesen seguir estrictamente la práctica democrática. Puede asimismo sospecharse que los atenienses, una vez libres del peligro mortal con que los persas amenazaban á la Grecia, se mostrasen poco dispuestos á sujetarse á la omnipotencia del mas eminente de sus conciudadanos. La pasion democrática, la negativa á tomar parte en la expedicion en corso por el mar Egeo, el despecho por haber Temístocles, por antipatía á Euribiades, perseguido á la escuadra persa, todos estos motivos ocasionaron, según parece, un desacuerdo que pronto dió á conocer cuán difícil seria que Temístocles acabase sus dias en el suelo ático, y á ello se encaminaba probablemente la disposicion tomada en 479, por la cual los mandos de tierra y mar se confirieron respectivamente á Aristides y á Xantipo.

XVIII.—SICILIA. VICTORIA CONSEGUIDA EN HIMERA POR GELON SOBRE LOS CARTAGINESES

El ánimo que cobraron los griegos despues de la batalla de Salamina, se aumentó considerablemente con algunas noticias que recibieron de Sicilia, en donde las armas griegas habían alcanzado notables victorias. Gelon, que había podido conservarse en una situación neutral entre griegos y persas, se arrojó con terrible energia contra los cartagineses. Cuando él y Theron tuvieron noticia de los colosales preparativos que en Cartago se estaban haciendo, se pusieron de acuerdo y movilizaron sus fuerzas, ayudados por los sicilios que se adhrieron completamente á la resolucion de ambos caudillos. La corte de Siracusa se puso al frente del movimiento. Damareta, esposa de Gelon, é hija de Theron, ofreció sus joyas para atender mejor á los gastos de la guerra, y las mujeres de la ciudad se apresuraron á imitar su ejemplo. En el verano del año 480 ancló en Panormos una escuadra cartaginesa de 3,000 buques de transporte, protegidos por 200 buques de guerra. Un ejército compuesto de 300,000 hombres, mandado por Amilcar, de la gran familia de Magon, cuya madre ó esposa era oriunda de Siracusa, se dirigió á la costa de Panormos contra Himera, y sitió en seguida esta ciudad, estableciendo á su alrededor un campamento fortificado. Llamado por Theron que defendía personalmente la ciudad, tan fuerte por su situación natural, acudió Gelon á su auxilio con 50,000 infantes y 5,000 caballos, estableció y fortificó un campamento al Sudeste de Himera, púsose desde allí en comunicacion con la ciudad y comenzó su ataque contra las patrullas de los cartagineses, cuya fuerza principal se encontraba al Oeste de la ciudad. Cuando Gelon supo que Amilcar esperaba el auxilio de la caballería de Selinunte, su aliada, envió á los cartagineses una parte de la suya, fingiendo que eran las tropas esperadas: astucia que tuvo el éxito mas completo. Apenas supo el siracusano que su caballería había sido admitida en el campamento de los cartagineses sin excitar la menor sospecha, comenzó el ataque decisivo acometiendo enérgicamente el campamento púnico. La batalla estuvo indecisa durante mucho tiempo hasta que la caballería que Gelon había enviado á los cartagineses logró incendiar la escuadra de Cartago, al ver lo cual se desorganizó el ejército cartaginés. El mismo Amilcar, en su desesperacion, se arrojó al fuego, ofreciendo, según el procedimiento salvaje de algunos cultos semíticos, el sacrificio de su persona para aplacar la cólera de los dioses contra su pueblo. El poder de los cartagineses decayó completamente á consecuencia de esta derrota: la escuadra de transporte de Amilcar se puso en marcha en seguida y parte de las tropas cartaginesas huyó en los veinte buques de guerra, únicos que habían podido salvarse del incendio. La masa del ejército púnico en parte fué pasada á cuchillo, en parte se vió obligada



á capitular junto á Himera en el monte hoy llamado San Calogero, y en parte tuvo que huir hácia Selinunte. Gelon se aprovechó extraordinariamente de esta victoria, que consiguió, al decir de los griegos, al tercer día de la batalla de las Termópilas, ó en el mismo día en que se trababa la de Salamina. Supo hasta qué punto podían resistir las fuerzas africanas; y pensó también que la guerra persa en Grecia había terminado ya definitivamente. En su consecuencia no pensó en provocar á una guerra á muerte á la Cartago de Sicilia, ni á sus ciudades fenicias, sino en atacar á los cartagineses de Africa. Contento con el honor de la victoria y con el consiguiente juramento de fidelidad del príncipe de Mesana y de Regio, concedió á los cartagineses seguidamente la deseada terminación de la guerra, exigiéndoles únicamente la indemnización de los gastos ocasionados por la misma, y según se



Sicilia.

Jerjes dejó invernar en los puertos de Cime y Samos 300 buques, entre los cuales se contaban los jonios: en esta última isla reunióse, á principios de la primavera, la escuadra cuyas tripulaciones se habían completado con grandes refuerzos. Estas fuerzas protegidas en Sardes por 100,000 hombres y en Mileto por 60,000 al mando del príncipe Masistes y de Tigranes, debían mantenerse en la costa occidental del Asia Menor. La parte de ejército de tierra menos útil para el servicio regresó á sus hogares. El general Artabazo se había visto obligado, durante su marcha de Sestos á Tesalia, á dominar una sedición griega. La retirada, nada gloriosa para los persas al través de Macedonia, había animado á los habitantes de la península calcídica de Palene á llevar á cabo una gran sublevación, á la cual se adhirió los beocios de Olinto, ciudad que fué de nuevo conquistada por los persas y completamente arruinada para que sirviera de espantoso ejemplo. Este hecho sangriento indujo á los de Palene á reunirse en Potidea, y su defensa fué tan tenaz y feliz, que Artabazo, después de tres meses de intentar en vano su conquista, tuvo que retirarse vergonzosamente.

XIX.—PREPARATIVOS PARA LA CAMPAÑA DEL AÑO 479. MARDONIO EN ATICA

Cuando á mediados de 479 Artabazo al frente de 40,000 hombres se reunió con Mardonio, en Tesalia, encontró á este hábil y enérgico general dispuesto á preparar prudentemente

la pronta conquista de Grecia, region que con el tiempo había de ser su satrapía. Mardonio, por un lado, había comprado varios oráculos griegos, excepto el de Delfos; y por otro procuraba ante todo conquistar para los persas una serie no interrumpida de puntos militares en Grecia, para preparar las negociaciones. Poco le costó atraer á su causa la ciudad de Argos; pero lo que le importaba en alto grado era decidir á Atenas, cuyos habitantes, después de la batalla de Salamina, habían regresado provisionalmente á su país, á que abandonase la causa de los griegos y por lo menos ajustase con los persas un tratado de paz independientemente del resto de la Grecia. El rey Alejandro de Macedonia debía entablar en su nombre las negociaciones con la Bula ática, la cual, con leal fidelidad, se remitió al consejo de la Eclesia, al presentarse precipitadamente en Atenas los comisionados que Esparta enviara rápidamente al recibir tal noticia. Cuando el rey Alejandro ofreció á los atenienses, en nombre de Mardonio, una amnistía completa, libertad, independencia y la reconstrucción de sus templos, si renunciaban á la lucha con los persas, que ninguna esperanza de éxito podía ofrecerles, y querían aceptar la paz que noblemente se les ofrecía, firmando con Persia un tratado de alianza, entonces comenzaron á temer los espartanos, pues debieron decirse á sí mismos que la política seguida por sus eforos para con Atenas no había sido la mejor para inducir á los atenienses á hacer un sacrificio. Su inquietud aumentó, al pensar el gran pe-

ligo que amenazaba al Peloponeso, en caso de que Atenas abandonase la causa de los griegos. Por esto los espartanos conjuraron á los atenienses á que no tendiesen su mano á los persas y les prometieron encargarse, durante la guerra, de la manutención de las mujeres, niños y ancianos del pueblo ático. Los atenienses habían llegado al colmo de su abnegación y patriotismo panhelénico. Aristides fué quien presentó y logró que fuese aprobada la clásica proposición. «Queremos luchar mientras podamos, y no firmaremos tratado alguno con los bárbaros: mientras el sol no cambie su curso no pactaremos alianza con Jerjes: contra él pelearemos confiando en el auxilio de los dioses y de los héroes, cuyos templos é imágenes no ha titubeado el rey en destruir. El que quiera tratar en el porvenir con los persas y abandonar la alianza griega, que sea excluido por los *eumópidas* de la protección de Demeter y que sobre él caigan las maldiciones de los sacerdotes.»

De un modo análogo contestaron á las ofertas de los espartanos: los enviados de estos prometieron de buena gana que el ejército peloponésico se pondría en movimiento lo más pronto posible para encontrar al ejército persa en Beocia, á fin de que Atica no quedase desamparada.

Desgraciadamente tampoco cumplió esta vez Esparta su palabra. Desde la primavera de 479 se reunían en el istmo grandes masas de guerreros peloponésicos, pero su general Cleombroto, hermano de Leónidas, no pasó aquella lengua de tierra que siempre había estado muy fortificada. En tales circunstancias, la escuadra griega, compuesta de 110 triremes, de entre las cuales había 60 áticas mandadas por Xantipo, y cuya dirección estaba confiada al enérgico rey Leotíquidas, permanecía anclada junto á la isla de Delos. Los atenienses, megarenses y eginetas no querían, entre tanto, apartarse mucho de Grecia, antes de ver qué aspecto tomaba la guerra en el continente: preliminares bastante desgraciados. Llegado que hubo el mes de julio, Mardonio y Artabazo, cuyos ejércitos se habían aumentado con las tropas macedónicas y tesálicas, atravesaron las Termópilas. Entonces vino del istmo la noticia de que el miserable Cleombroto, hombre en extremo cobarde á pesar de ser hermano de un héroe, espantado por un eclipse de sol que acaeció durante el sacrificio ofrecido para inquirir el éxito de la lucha, había licenciado el ejército peloponésico y huido á Esparta, donde había muerto al poco tiempo.

En tan precaria situación, no quedó á los atenienses más recurso que dirigirse en parte á Salamina, mientras los demás confiaban su salvación al resto de la escuadra que se encontraba en el Pireo. Entre tanto avanzaba Mardonio al través de la Beocia, cuyos guerreros se apresuraban á unirse á él, y llegó á mediados de julio de 479, por segunda vez, á Atenas, abandonada por sus habitantes. Esta vez respetó la patria de sus audaces enemigos, y esperó atraerse á su causa á los atenienses, que habían sido ignominiosamente abandonados por los peloponésicos, reiterándoles las proposiciones hechas y mejorándolas todavía. A pesar de esto, el patriotismo ático fué tal, que la Bula se negó rotundamente á aceptar la proposición de que había sido portador el griego Muriquidas. Desgraciadamente nació entonces un cruel fanatismo, pues el pueblo asesinó al consejero Lícidas que opinaba debía discutirse la proposición, y cuya esposa é hijos perecieron, asimismo, á manos de un grupo de megarenses áticos.

La perseverancia de los atenienses fué tanto más admirable y valerosa, cuanto que los eforos de Esparta (á los cuales la Bula había enviado, á propuesta de Aristides, después que Mardonio hubo invadido Larissa, á Cimón y á Mirónides, acompañados por algunos megarenses y plateos, demandando

GRECIA Y ROMA

auxilio á toda prisa) retuvieron en Salamina durante diez días á estos enviados y á los atenienses, sin darles la esperada respuesta. Los atenienses de Salamina vieron y oyeron cómo el general persa, al ver lo que se había hecho con Muriquidas, ordenó que se destruyese Atenas y todo el cantón. Finalmente, vieron con sorpresa que los persas abandonaban á toda prisa el Atica; sin saber que Mardonio había recibido confidencialmente la noticia de que todo el ejército espartano marchaba rápidamente hácia la Grecia central. Pronto se comprendió, por fortuna para los atenienses, lo que había sido un enigma para ellos.

El despecho de los embajadores que Atenas había enviado á Esparta iba naturalmente en aumento: por ello el valiente patricio Quileo de Tegea, que ejercía gran influencia en los espartanos, previno á los eforos en la tarde del día décimo, que de seguir su ambigua diplomacia, los atenienses podrían verse obligados, con gran perjuicio del Peloponeso, á hacer la paz con los persas. Los eforos siguieron su consejo y en seguida ordenaron que se pusiese en marcha el ejército ya puesto en pié de guerra: en su consecuencia aquella misma noche partieron cinco mil espartanos, y á la mañana siguiente, cuando los atenienses les exigieron una respuesta categórica, pudieron los eforos tomar la cosa á broma y anunciarles que era ya un hecho la marcha.

XX.—LOS ESPARTANOS ATRAVIESAN EL ISTMO. BATALLAS DE PLATEA Y DE MICALA. CONSECUENCIAS DE ESTA ÚLTIMA

El prudente, hábil é inteligente Pausanias, hijo de Cleombroto y tutor del joven rey Plistarco, hijo de Leónidas, se puso al frente de las mencionadas tropas. Entonces los acontecimientos se precipitaron rápidamente: mientras Mardonio abandonaba el Atica y se dirigía á Argos para no verse obligado á luchar en aquel devastado cantón, prefiriendo combatir en las cercanías de los almacenes que había establecido en Tebas, Pausanias marchaba rápidamente hácia el istmo, en donde se le reunió un poderoso ejército de peloponésicos. A principios de setiembre de 479 todo estaba dispuesto, de modo que el prudente caudillo griego creyó poder aventurarse á pasar el istmo. Tenía á sus órdenes 27,000 hoplites peloponésicos escogidos, de los cuales (periecos y espartanos) unos 10,000 procedían de la Laconia: después de haberse reunido los pequeños contingentes de Ambracia, Leucades, Cefalonia, Potidea, Naxos, Eubea, contaba con unos 30,000 guerreros y unos 20,000 esclavos y 40,000 ilotas armados de hondas. Cuando Pausanias llegó á las ruinas de Eleusis, Aristides, procedente de Salamina, le llevó 8,000 hoplites con los correspondientes esclavos y 800 flecheros, y se unieron además á su ejército los bravos plateos, y 1,800 guerreros de Tespie armados á la ligera. De modo que el total del ejército panhelénico reunido en el Eleusis se elevaba á unos 110,000 hombres, de los cuales 38,700 eran hoplites, y además del batallón tespiota 69,500 esclavos de combate y tropas ligeras, siendo el más importante que los griegos habían puesto en pié de guerra y el más numeroso que mandó un general griego, hasta la expedición india de Alejandro Magno. En tales circunstancias, y con las dificultades que consigo traía el dirigir convenientemente el ejército aliado panhelénico, tan numeroso y compuesto de soldados de tan diversa procedencia, se manifestó, á falta de medios de transporte, la prevision de Pausanias y sus relaciones más que honradas con los comandantes, hasta el momento de la última lucha desesperada.

Desde Eleusis atravesó Pausanias el Citeron por el paso llamado de las «Copas de los robles»: al llegar á la cima del monte, desde donde dominaban las ciudades beocias de Hisia y Eritrea, vieron los helenos á sus piés el formidable ejército